

Imágenes del tiempo en *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince

Andrea Fanta Castro (Centre College)

El 13 de agosto de 1984 era la fecha elegida para que se firmara el pacto de tregua entre el gobierno colombiano y la agrupación guerrillera M-19. Sin embargo, el encuentro se retrasó después de que uno de sus líderes amnistiados, el Dr. Carlos Toledo Plata, fuera asesinado tan sólo dos días antes. A raíz de este asesinato, y a la desestabilización que lo precedió, la revista *Semana* señala como “fecha oficial de la iniciación de la guerra sucia en Colombia, precisamente la que había sido escogida para que marcara el comienzo del retorno a la paz después de treinta años de guerra irregular —de guerrillas— pero declarada”¹ (*Semana*, 28 de septiembre de 1987).

Este es uno de los puntos de referencia del texto de Héctor Abad Faciolince² *El olvido que seremos* (2006) en donde aparece la historia real de la vida y muerte de un padre narrada casi veinte años después por su hijo. Héctor Abad Gómez, el padre, fue ultimado por dos sicarios en motocicleta el 25 de agosto de 1987 en la ciudad de Medellín y su nombre había aparecido el día anterior en las listas negras que los paramilitares hacían circular por las ciudades³. Hasta hoy, no hay nombres propios más que el del difunto jefe paramilitar Carlos Castaño quien ha sido señalado como posible autor intelectual del homicidio, pero su muerte enterró la posibilidad de acceso a la verdad⁴.

¹ Disponible en: <http://www.semana.com/noticias-nacion/guerra-sucia/23432.aspx>

² Escritor colombiano nacido en la ciudad de Medellín. Comenzó estudios de medicina, filosofía y periodismo en la misma ciudad, pero nunca terminó ninguno de ellos. Posteriormente viajó a Italia, después de ser expulsado de la Universidad Pontificia Bolivariana, y estudió literatura moderna. En 1987 regresó a Colombia pero prontamente, por razones de seguridad, regresó a Italia donde permaneció hasta 1992. Desde entonces, ya en Colombia, ha publicado novelas como *Asunto de un hidalgo disoluto* (1994), *Fragmentos de amor furtivo* (1998) y *Basura* (2000), merecedora del Premio Casa de América; una colección de cuentos titulada *Malos pensamientos* (1991); una de viajes, *Oriente empieza en El Cairo* (2001), y *Tratado de culinaria para mujeres tristes* (1996). En 2004 se publicó su novela *Angosta* y en el 2006, *El olvido que seremos*.

³ El 24 de agosto de 1987 una emisora de radio local leyó una lista de amenazados donde se describía a Héctor Abad Gómez como: “Presidente del Comité de Derechos Humanos en Antioquia. Médico auxiliador de guerrilleros, falso demócrata, peligroso por simpatía popular para elección de alcaldes en Medellín. Idiota útil del PCC-UP” (*El olvido que seremos* 232).

⁴ En 2004 el jefe paramilitar Carlos Castaño desapareció misteriosamente en medio de todo tipo de especulaciones; entre ellas se decía que, ayudado por los EEUU, había sido trasladado a Israel, para desde allí colaborar con la justicia norteamericana. Sin embargo en septiembre de 2006 encontraron los restos óseos que, después de un análisis de ADN, confirmaban la muerte del sanguinario paramilitar. Lo más impresionante del caso es

El homicidio de Héctor Abad Gómez se inscribe dentro de la época de mayor recrudecimiento de la guerra a raíz del fatal maridaje entre los militares y las nacientes autodefensas que luego vendrían a conocerse como Autodefensas Unidas de Colombia; ejército paramilitar de alcance nacional e internacional a través del narcotráfico. Al respecto, Abad Faciolince señala que

en el año de [la] muerte [de mi padre] la guerra sucia, la violencia, los asesinatos selectivos, se estaban ensañando sistemáticamente contra la universidad pública, pues algunos agentes del Estado, y sus cómplices del para-estado, consideraban que allí estaba la savia ideológica de la subversión (*El olvido que seremos* 208).

Si aceptamos que “la memoria es el punto de partida de la ética” (Mèlich 26), la escritura que recupera una cierta memoria ausente es, en sí misma, un acto político. En general, las narraciones privilegian ciertas historias sobre otras y esto es lo que nos ayuda a explorar la dimensión política de las narrativas. En las últimas décadas en Colombia se han publicado varios libros de memorias, autobiografías, y biografías en cuyo centro se encuentran justificaciones, palabras culposas y excusas por actos desdeñables de jefes paramilitares, como sería el caso de *Mi confesión* (2005) de Carlos Castaño; de los capos de la mafia como *El patrón: vida y muerte de Pablo Escobar* (1994) de Luis Cañón, *Mi hermano Pablo* (2001) de Roberto Escobar, *Amando a Pablo, odiando a Escobar* (2007) de Virginia Vallejo, entre muchos otros. Según Gilberto Loaiza

[e]n todos esos relatos, la memoria y la ficción han sido mezcladas con el fin de persuadir al lector de la ingenuidad, el candor o la inocencia del autor-personaje. Todas esas obras contienen autoexoneraciones, expiaciones, explicaciones, justificaciones, proclamas de redención y hasta recetarios de buena conducta. Cada una de esas obras tiene algo o mucho de mitomanía o de megalomanía. En definitiva, todas son un fraude. Y al lado de esa literatura, como en una comparsa, marcha una serie de novelas en que los protagonistas y hasta los vencedores, como si no bastara

es que las posteriores investigaciones señalaron a su hermano, Fidel Castaño, como el autor intelectual del asesinato. Según la fiscalía, Carlos Castaño murió por un impacto de bala en el ojo izquierdo. Quien llevó a cabo la ejecución fue Jesús Ignacio Roldán, alias “Monoleche”, escolta de Vicente Castaño. Para más información referirse a la revista *Semana* desde agosto hasta septiembre de 2006, particularmente los siguientes artículos: Andrea Peña, “Así confirmó la Fiscalía que los restos hallados en Córdoba son los de Carlos Castaño” *Semana* Septiembre 9, 2006, “Soy el responsable de la muerte de Carlos Castaño”, *Semana* Agosto 25, 2006, “Confirmado: Carlos Castaño está muerto” *Semana* Agosto 23, 2006.

con el triunfo cínico en la realidad, son asesinos y delincuentes. En fin, hay una saturación de relatos en que las víctimas y los vencidos son una esquina del decorado; ya no se trata de una literatura acerca de la violencia sino, más bien, una literatura que con su pobreza de lenguaje, con sus reiteraciones y llanezas es, ella misma, violencia (94).

Es entonces en este sentido que *El olvido que seremos* propugna una política diferente, en donde aparece otra manera de narrar desde la perspectiva de un Yo que recupera los relatos de los vencidos.

La perspectiva al inicio del texto es la de un niño de clase acomodada que nace y crece dentro de un círculo familiar tradicional. Aparece entonces un narrador en primera persona por donde se filtran todos los acontecimientos y es a partir de esa mirada subjetiva que se cuele, en mayor o en menor medida, la historia nacional, o quizás mejor decir, una versión particular de la historia nacional.

El texto de Héctor Abad Faciolince de alguna manera trae a la narración de forma oblicua la historia del paramilitarismo y de sus víctimas. Asimismo, este libro que comienza narrando las historias desde la perspectiva de un niño, y más adelante dan paso al adulto, hace un ejercicio de memoria produciendo el propio texto y un sujeto que simultáneamente ocupa el lugar de protagonista y narrador¹.

El relato de Abad Faciolince narra la intersección de su propia vida con la de su padre. La muerte del padre es anunciada una y otra vez a lo largo de la narración, sin embargo el libro entero pareciera ser la lucha por evitar narrar el brutal acontecimiento. Como lectores sabemos —y Héctor Abad como escritor también sabe— que narrar la muerte de su padre es ineludible, pero la escritura es la que permite dilatar ese momento final. La intención no es, evidentemente, focalizarse en la muerte sino en la vida. Es un final inevitable, pero la narración permite, aunque sea en la imaginación, darle más tiempo a un tiempo finito.

Escribo esto en La Inés, la finca que nos dejó mi papá, que le dejó mi abuelo, que le dejó mi bisabuela, que abrió mi tatarabuelo tumbando monte con sus propias manos. Me saco de adentro estos recuerdos como se tiene un parto, como se saca un tumor. No miro la pantalla, respiro y miro hacia fuera. (...) Han pasado casi veinte años desde que lo mataron, y durante esos veinte años, cada mes, cada semana, yo he sentido que tenía el deber ineludible, no digo de vengar su muerte, pero sí, al

¹ En el texto de Héctor Abad Faciolince, aún siendo una especie de autobiografía mezclada con la biografía de su padre, podemos observar esta producción. Sin importar que los referentes sean verdaderos o ficticios, la escritura en primera persona genera un proceso de creación de sujetos, aun cuando el sujeto narrador coincida con el sujeto escritor.

menos de contarla. (...) Sus asesinos siguen libres, cada día son más y más poderosos, y mis manos no pueden combatirlos. Solamente mis dedos, hundiendo una tecla tras otra, pueden decir la verdad y declarar la injusticia. Uso la misma arma: las palabras. ¿Para qué? Para nada; o para lo más simple y esencial: para que se sepa. *Para alargar su recuerdo un poco más, antes de que llegue el olvido definitivo*¹ (*El olvido que seremos* 253-55).

El recuerdo al que se refiere Abad Faciolince no es sólo su propio recuerdo, sino también el que logra sembrar en los lectores. La muerte es ese final del que no es posible escapar, y, para Abad Faciolince, el olvido también es inevitable por lo que la escritura es la forma para dilatar ese proceso.

La muerte no nos toma por sorpresa porque desde el principio ha sido anunciada. La muerte precede a la escritura y en *El olvido que seremos* es el motor de la narración. Dilatación, pero también repetición a través del recuerdo que guía la escritura y de la lectura pública del texto, pues el texto no puede hacer un ejercicio de memoria, sino que necesita del lector para su realización. Incluso, estamos frente a una repetición en el sentido que le da el escritor cuando admite haber tratado una y mil veces de contar la historia de su padre fracasando en cada intento anterior.

Si recordar es cada vez pasar por el corazón, siempre lo he recordado. No he escrito en tantos años por un motivo muy simple: su recuerdo me conmovía demasiado para poder escribirlo. Las veces innumerables en que lo intenté, las palabras me salían húmedas, untadas de lamentable materia lacrimosa, y siempre he preferido una escritura más seca, más controlada más distante. (255).

Abad Faciolince se refiere aquí a ese recuerdo que se repite quizás a diario, y que ahonda en la herida hasta que el tiempo pasa y la misma repetición es la que produce una especie de desensibilización. La cicatriz es el duelo que, llevado a cabo, le permite acceder a un lenguaje que comunique más allá del profundo dolor y que lo literario emerja desde la denuncia.

Este libro es el intento de dejar un testimonio de ese dolor, un testimonio al mismo tiempo inútil y necesario. Inútil porque el tiempo no se devuelve ni los hechos se modifican, pero necesario al menos para mí, porque mi vida y mi oficio carecerían de sentido si no escribiera esto que tengo que escribir, y que en casi veinte años de intentos no había sido capaz de escribir, hasta ahora (*El olvido que seremos* 232).

¹ El énfasis es mío.

La escritura de este texto se le impone al escritor como un imperativo que va más allá de “testimoniar el dolor”. Se esconde detrás de esta afirmación el clamor de la justicia a través de la verdad narrada. El imperativo de contar la verdad de alguna manera tiene una doble interpretación: hacer justicia con sus propias manos —a través de la escritura—, estableciendo una relación entre verdad y justicia, y además, impugnar la incapacidad del Estado de proteger a sus ciudadanos por medio del relato.

En el artículo “History Against the Grain”¹, Cristina Moreiras-Menor se refiere al problemático término “transición” utilizado para nombrar el proceso hacia la democracia en España después de la muerte de Francisco Franco. En el artículo, Moreiras-Menor afirma que las novelas del escritor español Antonio Muñoz Molina

always refer to the traumatic experience produced by the simultaneity of temporalities in individuals/collectives who have not yet been able to bury their past. This past consequently co-exists as an active but always liminal memory that turns itself into a ghost, intervening effectively and ominously in the historical present of these same individuals or collectives; a past that refuses to leave, that interrupts and interferes in such a way that it freezes temporality and thereby makes of repetition, of spectral apparition, of the ghost, an acknowledgement that justice has not yet been done to the past (10).

Esto es precisamente lo que ocurre en *El olvido que seremos*. Es el padre que regresa espectralmente a través del fracaso de la escritura metaforizando la injusticia y la impunidad. En vez de recurrir a la venganza, Abad Faciolince utiliza las palabras con el valor de veracidad que le permite interpelar a la justicia. Justicia que por cierto había sido imposible, y aún lo sigue siendo, a través de los mecanismos estatales. El *ethos* de este texto proviene de la memoria del padre ausente, de la memoria inaccesible de la víctima, es decir, del testigo a quien le es imposible dar testimonio. El hijo, también víctima y, ahora, testigo sustituto, recurre a la verdad para apelar a la justicia. En un proceso que queda velado para el lector, Abad Faciolince logra establecer, por lo menos temporalmente, la relación entre verdad y justicia.

¹ Disponible en: <http://www.lsa.umich.edu/rll/tiresias/>

Efectos de las contradicciones.

En mi ciudad circula una frase terrible: “Madre no hay sino una, pero padre es cualquier hijueputa”. Yo podría, estar de acuerdo con la primera parte de esa frase, copiada de los tangos, aunque lo cierto es que yo, de madres, como ya lo expliqué, tuve media docena. Con la segunda parte de la frase, en cambio, no puedo estar de acuerdo. Al contrario, yo creo que tuve, incluso, demasiado padre.

Héctor Abad Faciolince

En este fragmento Abad Faciolince, en un tono de comicidad, hace algo muy interesante que luego repetirá a lo largo de todo el texto. Por una parte, retoma la cultura popular para deconstruirla a través de su experiencia personal y, haciéndolo, logra matizar una ideología maniquea que se filtra en lo lingüístico. Ciertamente Abad Faciolince creció entre mujeres —su madre y cinco hermanas— pues los únicos hombres eran él y su padre. Cuando Abad Faciolince afirma que tuvo demasiado padre modifica la tradicional y rigurosa figura de la autoridad en la medida en que el mayor afecto y la ternura no necesariamente provenían de la madre, sino justamente, del padre.

Mi papá y yo nos teníamos un afecto mutuo (y físico, además) que para muchos de nuestros allegados era un escándalo que limitaba con la enfermedad. Algunos de mis parientes decían que mi papá me iba a volver marica de tanto consentirme. Y mi mamá, quizás por compensar, trataba de preferir a mis cinco hermanas, y de tratarme a mí con un rigor justiciero (nunca injusto ni para bien ni para mal, siempre ecuánime) (33).

El padre tenía como máxima tratar a sus hijos con el mayor afecto posible. Para él el mundo ya se encargaría por sí solo de disciplinar a las personas sin ningún tipo de piedad. Lo veía a diario en su trabajo como médico salubrista en su entorno laboral y social. Abad Faciolince cuenta la siguiente anécdota refiriéndose al modo afectuoso de su padre en contraposición al del abuelo, a quien describe como una persona distante y fría. “Mi abuelo a veces comentaba sobre mí: “A este niño le falta mano dura”. Pero mi papá le respondía: “Si le hace falta, para eso está la vida, que acaba dándonos duro a todos; para sufrir, la vida es más que suficiente, y yo no le voy a ayudar” (35). Y luego añade, “[c]reo que en la forma per-

fecta como mi papá nos trataba, había una protesta muda por el trato que él había recibido del abuelo, y al mismo tiempo el propósito deliberado de jamás tratar a sus hijos como lo habían tratado a él” (36).

Abad Faciolince describe a su padre como una persona cariñosa, afectiva y permisiva, pero aclara que no todo era tolerado. “Odiaba, por encima de todo, que no tuviéramos conciencia social ni entendiéramos el país donde vivíamos” (25). El tipo de trabajo que su padre desempeñaba le permitía estar en contacto con las clases menos favorecidas de Medellín y de sus alrededores. Según cuenta el hijo, luchó contra el gobierno por la falta de servicios básicos hasta ganarse numerosos enemigos. Héctor Abad Gómez creía que “[l]a medicina no se aprende solamente en los hospitales y en los laboratorios [...] sino también en la calle, en los barrios, dándonos cuenta de por qué y de qué se enferman las personas” (43). De ahí que su mayor obsesión fuera el acceso a agua potable. Gracias a las denuncias que el joven Héctor Abad Gómez hizo públicas, la ciudad entera de Medellín tuvo acueducto. Ejerció su profesión de médico como profesor universitario y como activista social centrado en la prevención y esto no era visto con buenos ojos por los demás colegas, ni por las instituciones hospitalarias privadas.

Un político muy importante, Gonzalo Restrepo Jaramillo, había dicho en el Club Unión —el más exclusivo de Medellín— que Abad Gómez era el marxista mejor estructurado de la ciudad, y un peligroso izquierdista al que había que cortarle las alas para que no volara. Mi papá se había formado en una escuela pragmática norteamericana (en la Universidad de Minnesota), no había leído nunca a Marx, y confundía a Hegel con Engels. Por saber bien de qué lo estaban acusando, resolvió leerlos, y no todo le pareció descabellado: en parte, y poco a poco a lo largo de su vida, se convirtió en algo parecido al luchador izquierdista que lo acusaban de ser. Al final de sus días acabó diciendo que su ideología era un híbrido: cristiano en religión, por la figura amable de Jesús y su evidente inclinación por los más débiles; marxista en economía, porque detestaba la explotación económica y los abusos infames de los capitalistas; y liberal en política, porque no soportaba la falta de libertad y tampoco las dictaduras, ni siquiera la del proletariado, pues los pobres en el poder, al dejar de ser pobres, no eran menos déspotas y despiadados que los ricos en el poder (49).

Así comenzó a gestarse el maniqueo perfil público de este médico social. Su hijo se encarga en este fragmento de matizar esa visión absolutista que más adelante indicarían como causa de su asesinato. Abad Faciolince recurre a la esfera de lo privado, a las lecturas y las creencias que su padre

tenía para explicar, desde la absoluta ambigüedad, aquello que lo incitaba a las acciones. Como señala el autor, el padre era cristiano, pragmático, marxista, liberal y conservador en las muchas facetas de su vida y esto, que en realidad lo hace todavía más humano, es lo que lo lleva a tener enemigos desde todos los flancos ideológicos.

En esta época, cuenta Abad Faciolince que, en Colombia, la Iglesia Católica contrarrestaba la oleada revolucionaria con la importación de la Gran Misión que

[r]epresentaba otro estilo de trabajo social, de tipo piadoso; una especie de Reconquista Católica de América patrocinada por el caudillo de España, Generalísimo de los ejércitos imperiales y apóstol de la cristiandad, su excelencia Francisco Franco Bahamonde. [...] Con los evangelizadores de la Reconquista española venía una pequeña estatua de la Virgen de Fátima. [...] Para salvar al mundo del Comunismo Ateo, el Santo Padre había solicitado que en las viejas colonias españolas —y en el mundo entero— se rezaran con mucho fervor y más asiduidad que nunca el Santo Rosario (64).

En esta lucha del bien y del mal nace y crece el narrador del texto. Tanto en el lado materno como el paterno, había fieles pertenecientes a “una estirpe de godos rancios y de recatadas costumbres cristianas” (69), pero también mujeres “alegres y vitales, partidarias del gozo antes de que nos coman los gusanos, patialegres, coquetas [...]” (71) y hasta sufragistas.

La misma Iglesia contaba con facciones ideológicas: la conservadora recalcitrante y la revolucionaria que encontró su norte ideológico en la Teología de la Liberación. Todas estas contradicciones son las que expone Abad Faciolince en el texto: desde lo coyuntural representado por el clima político y social, como lo estructural en el ámbito de su familia. En el plano nacional este contrasentido llevó a que Colombia quedara herida de muerte. Abad cuenta que

pocos años después, los barrios de Medellín se convirtieron en un hervidero de matanzas y en un caldo de cultivo de matones y sicarios, la Iglesia ya había perdido contacto con estos sitios, al igual que el Estado. Habían pensado que dejarlos solos era lo mejor, y abandonados a su suerte se convirtieron en sitios donde, como maleza, surgían hordas salvajes de asesinos (68).

Estos son los mismos asesinos que años más tarde acabarían con la vida de su padre. Se impone el presente como el tiempo verbal del texto para narrar el horror del que no fue testigo directo. Abad Faciolince cuenta la

última vez que vio vivo a su padre, unos minutos antes del fatal desenlace. En un tono que se debate entre la desesperación propia, con frases cortas y punzantes, y la preservación del recuerdo, Abad Faciolince dice:

Está muerto y yo no lo sé. Está muerto y mi mamá no lo sabe, mis hermanas no lo saben, ni sus amigos lo saben, ni él mismo lo sabe. Yo estoy empezando la junta directiva del Edificio Colseguros. El presidente de la junta, el abogado y grafólogo Alberto Posada Ángel (que también será asesinado a cuchilladas algunos años después) lee el acta anterior, y hay otro señor que llega un poco tarde y, antes de sentarse, cuenta que a pocas cuabras de allí acaba de ver matar a otra persona. Comenta los balazos de los sicarios, lo horrible que se ha vuelto Medellín. Yo no me imagino quién es, y pregunto casi con descuido quién pudo haber sido el muerto. El señor no lo sabe. En ese momento llaman al teléfono. (...) Resulta ser un periodista, viejo conocido mío, que me dice: “Siquiera te oigo, por aquí estaban diciendo que te habían matado”. Yo digo que no, que estoy bien, pero en ese instante recapacito y sé quién es el muerto, sin que me lo hayan dicho (244).

Cuando Abad Faciolince dice que su padre está muerto y que él no lo sabe, dos temporalidades emergen. Como hemos visto el texto fue escrito veinte años después de su asesinato, sin embargo, este segmento está escrito en el presente. Esto implica una yuxtaposición de las temporalidades donde el pasado y presente coinciden y lo imposible llega a ser posible: saber algo que es desconocido. Al final, dos líneas paralelas de acontecimientos también se combinan y el narrador revela el crimen. Abad Faciolince se pregunta si su padre habría alcanzado a darse cuenta de los sicarios. Es una narración, también en presente, completamente desgarradora y certera que da la sensación de estar mirando una escena en cámara lenta. Ciertamente, el narrador no presencié el asesinato, pero los detalles son profusos. La escena se compone de varias imágenes estáticas: “levanta la vista y ve la cara malévolá del asesino [...]. Cae de espaldas, sus anteojos saltan y se quiebran, y desde el suelo, [...] piensa por último, estoy seguro, en todos los que ama [...]” (243). Esta narración en presente, supremamente lenta, donde cada movimiento es descompuesto, quizás pueda entenderse como la materialización de esa necesidad de recordar aquel suceso del que Abad Faciolince no fue testigo. Es la manifestación de un intento de traer ese pasado al presente a través del lenguaje utilizando, valga la redundancia, el presente como tiempo verbal.

“Ahora han pasado dos veces diez años y soy capaz de conservar la serenidad al redactar esta especie de memorial de agravios. La herida está ahí, en el sitio por el que pasan los recuerdos, pero más que una herida es

ya una cicatriz” (255). Después del paso del tiempo cuando los detalles más ínfimos se vuelven borrosos pero la sensación de impotencia aún permanece, Abad Faciolince decide deshacerse de la camisa ensangrentada que su padre tenía puesta el día de su muerte y señala: “[a]l escribir este libro [...] quemé [*la camisa*] también¹ pues entendí que la única venganza, el único recuerdo, y también la única posibilidad de olvido y perdón, consistía en contar lo que pasó, y nada más” (225). El narrador se enfrenta a lo que podría considerarse un pacto con lo sucedido, porque el otro camino posible, el de la venganza, lo ubicaría al margen precisamente de lo social. Más aún, expulsaría de sí mismo lo que aún queda de su padre. Es la interdicción impuesta por la ley, pero también una prohibición moral de no utilizar los mismos métodos pues ello eliminaría la diferencia entre la víctima y el victimario. Es un pacto que le impone la sociedad, o más importante aún, que se lo impone él mismo como condición para su inclusión. Al respecto el narrador afirma,

yo he llegado a darme cuenta de que no es que uno nazca bueno, sino que si alguien tolera y dirige nuestra innata mezquindad, es posible conducirla por cauces que no sean dañinos, o incluso cambiarle el sentido. No es que a uno le enseñen a vengarse (pues nacemos con sentimientos vengativos), sino que le enseñan a no ser malo. Nunca me he sentido bueno, pero sí me he dado cuenta de que muchas veces, gracias a la benéfica influencia de mi papá, he podido ser un malo que no ejerce, un cobarde que se sobrepone con esfuerzo a su cobardía y un avaro que domina su avaricia (99-100).

Es necesario recordar, para que no haya olvido y para que se instale el nunca más. ¿Cómo y qué recordar? ¿Debe Abad Faciolince recordar esas imágenes nunca vistas, pero implacables en la memoria, de su padre segundos antes de su muerte? La escritura de lo sucedido quizás haya sido la manera de enterrar las terroríficas imágenes de su padre caído. En una especie de catarsis, Abad Faciolince quizás pudo haber reconocido la muerte para que la repetición de la escena, nunca vista, cesara. Y simultáneamente, sin que implique una contradicción, el enterrar esas imágenes a través de la escritura es una manera de situarla, hacerla presente a cada instante, en todo momento, en la medida en que se actualiza constantemente en cada lectura.

Quizás estas imágenes que ahora han quedado impresas por medio de las palabras, nos interpelen a los lectores como posibles testigos. La pre-

¹ Cuenta Abad Faciolince que días después del asesinato fue a la morgue a recoger las pertenencias de su padre. “[Q]uemé toda la ropa, menos la camisa, que dejé que se seicara al sol, con sus terribles manchas de sangre oscura” (225).

sencia de estas imágenes ocurre en tiempo diferido, y por tanto pueden perder su referente temporal. Entonces ¿qué queda? Según *El olvido que seremos* quedan las palabras escritas y las escuchadas, la colección de imágenes del pasado y la memoria de los mejores y los peores momentos.

Ser testigo —y, como lectores, somos testigos del testigo—, implica un compromiso con el pasado y con el futuro, desde el presente. Un presente siempre renovado, que deviene el ahora de una responsabilidad ética: el reconocimiento de los que ya no están y el compromiso con los que vendrán. Esta responsabilidad es también el reconocimiento de nosotros mismos a través de la finitud de los otros, porque es precisamente la muerte la que nos recuerda que hacia allá nos dirigimos. Como afirma Cristina Moreiras-Menor, en un artículo crítico sobre la obra autobiográfica de Juan Goytisolo,

[d]arle un lugar al pasado, inscribirlo en la Historia personal y colectiva, significa asumirlo con todos sus fracasos y aceptar que el presente quizás esté todavía poseído por su anterioridad. El final del duelo no viene por el olvido, sino por el reconocimiento (“Juan Goytisolo, F.F.B. y la fundación fantasmal del proyecto autobiográfico contemporáneo español” 343).

Este reconocimiento, según el texto de Abad Faciolince, abriría las puertas de una justicia fundada en un tipo de verdad. Es una verdad que emana de la experiencia de la pérdida y de la impotencia. No es una verdad absoluta, sino más bien es una verdad compuesta de grietas, y por tanto de contrastes: imágenes nítidas y difusas, memorias con un referente claro o indeterminado. Como Abad Faciolince afirma “la memoria es un espejo opaco y vuelto añicos, o mejor dicho, está hecha de intemporales conchas de recuerdos desperdigadas sobre una playa de olvidos” (*El olvido que seremos* 137).

En 2006 Abad Faciolince escribió un artículo para la revista *Semana* con motivo del hallazgo de los restos del jefe paramilitar Carlos Castaño, sospechoso de ser el autor intelectual de la muerte de su padre. En el artículo, Abad Faciolince dice

las víctimas reclamamos que haya también una verdad casi absoluta (y digo casi porque lo absoluto no existe en este mundo). Lo hemos repetido hasta la saciedad, pero aquí se hacen los sordos: no es posible perdonar a los paramilitares, o siquiera ignorarlos o tolerarlos sueltos, si antes no se conoce la verdad. Está bien: denles estos castigos ridículos, pero al menos oblíguenlos a contar a quiénes mataron, y cómo y por orden de quién y con cuáles cómplices (“Ante una calavera” 2006).

Sin esta verdad, el futuro, o por lo menos un tipo de futuro, es imposible. A pesar del pasado, aún queda eso que llamamos “Colombia”. Si el futuro es lo que queda, quizás sea necesario preguntarse si no ha llegado el momento de desenterrar a los muertos, reconocer las heridas, contar las verdades y buscar en las palabras otros significados que comiencen a cerrar el abismo por donde se precipita la justicia.

Bibliografía

Abad Faciolince, Héctor. “Ante una calavera”. *Semana*, Septiembre 9, 2006.

—. *El olvido que seremos*. Bogotá: Editorial Planeta Colombiana, 2006.

—“La guerra sucia”. *Semana*. Septiembre 28, 1987.

Loaiza, Gilberto. “La dignidad de la frágil palabra”. Número 56 (2008): 93-95.

Moreiras Menor, Cristina. “History Against the Grain”. *Tiresias*. 2 April (2008): 3-13.

—. “Juan Goytisolo, F.F.B. y la fundación fantasmal del proyecto autobiográfico contemporáneo español”. *MLN* 111.2 (1996): 327-45.